aprenda á conocer su poder en el dominio de la experiencia y su impotencia fuera de él.» (1)

Un modo de hablar, tan valiente, es exageradamente exclusivo; Kant y los demás filósofos alemanes que han seguido sus doctrinas, no se expresarian de otra manera. Así es, que no obstante que Mr. Spencer declara la enemistad de las dos escuelas, alemana é ingleglesa, al grado de expresarse en estos términcs: «Los discípulos de Schelling, de Fichte y Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva el nombre de «Filosofía» en Inglaterra. En represalias (N. B.) los ingleses podrian rechazar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas.» No obstante todo esto, la declaración del inglés, podría ser la de una alianza muy estrecha entre las dos escuelas.

Deduzcamos de lo dicho, en primer lugar: que al decir el expositor de la Filosofía natural, que la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos, contradice sus dóctrinas: y en segundo lugar: que su verdadero sentir sobre las fuentes de las verdades de la filosofía, es: que la experiencia es la verdadera y única fuente del conocimiento, sin que en esto deje de contradecirse, al admitir la causa primaria, la existencia de lo absoluto, y el principio de la persistencia de la fuerza, de que ya me ocuparé.

IV.

Mas, si la experiencia es la única fuente de la verdad filosófica para Spencer, preguntaremos, ¿es tan ámplio el dominio de la experiencia, que baste al autor de Los primeros principios, para conocer todas las verdades de que tiene una certidumbre completa? Nó, absolutamente, como lo prueban las verdades históricas que recono-

(1) Pág. 61, lín. 20.

ce. ¿Cómo le es evidente según él se expresa, (1) «que sus católicos abuelos hallaban gran consuelo en creer que se les perdonaban sus crímenes fundando iglesias?» ¿Por qué agrupaciones de experiencias ó asimilaciones de objetos, ha venido á descubrir esta verdad, de que no tiene duda? Ha sido por medio de conceptos simbólicos que ha hallado conformes á la experiencia? No ha sido, sino porque contradiciendo el criterio proclamado en su filosofia, se ha visto obligado á dar fé á su historia patria.

Pero, para mayor confirmación de que el expositor de la Filosofía natural, no es constante en reconocer únicamente la fuente de verdad establecida por él mismo, después de investigar cuáles son los principios de su filosofía, examinaremos si son ó no cognoscibles por la experiencia, y en caso de no serlo, preguntaremos ¿por lo ménos tienen la firmeza y certidumbre que les corresponde, en calidad de primeros principios? Son proporcionados á las verdades que de ellos deben deducirse, y del mismo orden que de éstas? En una palabra. ¿Son tan legítimos, que puedan servir de base á la Filosofía? Véamoslo, y desde luego, admiremos la habilidad del experimentado profesor inglés, para hacer valer la experiencia antes de proceder de ella. ¿Qué hace, pues, este aguerrido campeón, antes de esgrimir su terrible arma, para sentar las verdades primarias, que le han de servir de punto de partida para dar solidéz á sus conceptos posteriores? Nada menos, que admitir provisionalmente como verdaderas, esas instrucciones fundamentales, como él les llama, esperando que la experiencia venga después autorizándolas. «¿Por qué medio, dice, la inteligencia, en busca de una filosofía, podrá darse cuenta de sus conceptos, y demostrar su validéz ó invalidéz? Sólo hay uno: admitir como verdaderas, provisionalmente, aquellas ideas vitales ó que

(1) Pág. 103.

no pueden ser aisladas, sin producir la disolución del espíritu,..... dejando á los resultados el cuidado de justificar esta hipótesis. (1) Pues bien: ó son válidos todos los procedimientos racionales fundados en tales principios provisionales, ó no lo son. Si son válidos, como quiera que, la verdad del consiguiente, depende indispensablemente de la verdad de las premisas, es preciso, que tales principios, sean desde luego verdaderos. Luego, lo son necesariamente antes de la confirmación de la experiencia, pues tal confirmación, no puede darles valor para deducir una consecuencia que hacian legítima, en virtud de la verdad que ya poseian.

Si tales procedimientos no son válidos; la confirmación que reciban de la experiencia, esos mismos principios será enteramente inútil; pues no podrá darles la verdad que necesitan, antes de que dichos principios deban ser definitivamente verdaderos, según el positivista. Luego, el suponer como provisionalmente verdaderas esas intuiciones fundamentales, es absolutamente ilegítimo é innecesario, y así, debía el filósofo decirnos: ¿en cuya virtud pueden servirle semejantes principios provisionales, como fundamento para levantar el edificio de las verdades filosóficas? ó decirnos, si ¿la necesidad de su admisión ha procedido tambien de algunas asimilaciones de experiencias? ó ¿hemos tambien de estar aguardando su confirmación experimental para un tiempo indefinido?

Además, suponiendo á la experiencia un efecto retroactivo, habría que cometer necesariamente un círculo vicioso, admitiendo tales principios como fundamentos necesarios de las verdades experimentales, y admitiendo éstas como fundamentos necesarios de tales principios.

---

(1) Pág. 121, lín. 9.

V.

Y el principio de la persistencia de la fuerza, tan constantemente inculcado en la filosofía spenceriana, ¿cuenta con mejores dotes de verdad? ¿Es tambien comprobado por la experiencia? ¡Ah! El único principio que supera á la experiencia es, la persistencia de la fuerza, nos contesta francamente Mr. Spencer. (1) ¿Y qué fuerza es esta, cuya persistencia se impone tan irresistiblemente? Respuesta. «La fuerza cuya persistencia afirmamos, es la fuerza absoluta.» (2) Es una causa incondicionada, realidad absoluta, productora directa de la fuerza condicionada de cuyas experiencias afirma (1) que pueden originarse todos los modos de conciencia. Mas Sr. Spencer, ¿qué podemos concebir lo absoluto? Pues entónces ¿en qué queda ese largo capítulo IV, que trata de la relatividad de todo conocimiento? En qué queda ese largo pasage que citais de Sr. William Hamilton, que asegura, que lo infinito y lo absoluto no pueden ser concebidos? ¿En qué queda? En lo que queda todo.

¡Por piedad! Sr. profesor, siquiera en honor de la filosofía positivista, no admitais el conocimiento de lo absoluto; ó estáis seguro de no contravenir sus prescripciones? Muy al contrario, Señores, escuchémosle. «Aunque la Filosofía (4) condena unos tras otro todos los ensayos para concebir lo absoluto.....aunque por obedecerla, neguemos una tras otra todas las ideas, á medida que van produciéndose; como no podemos despreciar todo el contenido de la conciencia, queda siempre en el fondo un elemento que pasa por nuevas formas. (¡Mirad

---

(1) Pág. 171, lin. 16.
(2) Pág. 168, lín. 35.
(3) Lín. 9.
(4) Pág. 84.

las formas del gran panteista enemigo de los alemanes! esas formas de que habla frecuentemente, me hacen creer, que Spencer se educó en la Filosofía alemana.)

Es para el rebelde positivista, tan imperiosa la necesidad de admitir lo absoluto, que no duda expresarse así: »El impulso del pensamiento nos lanza ineludiblemente por encima de lo condicionado en lo incondicionado. »(1) Y aun asegura; »que no se puede ni decir que lo absoluto no es cognoscible, porque esto es afirmar tácitamente su existencia.» (2)

Ya, pues, que el Británico se resuelve á traspasar su credo, preguntémosle: ¿de quê orden es el principio de la persistencia de la fuerza? ¿cual es el rango que ocupa entre los principios de la Filosofía positivista? Mr. Spencer nos contestará: que por persistencia de la fuerza, entiende, persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón. (3) Esto es bellísimo. Conque ¿el principio de los principios; (4) está sobre nuestro conocimiento? La verdad primaria que no puede tener prueba inductiva, [N. B.] que no puede derivarse ni deducirse de ninguna otra, (5) supera á nuestra razón? ¿es un objeto de fé sobrenatural? El primer postulado de la Filosofía spenceriana, es, un acto de fé en la persistencia de una realidad, que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón?

Hétenos aquí á la filosofía spenceriana convertida en una teología. *¡Oh tempora, oh mores!* La fé en Spencer, ó de Spencer, por que él tambien cree, ó quizá la misteriosa revelación de Mr. Hamilton, es el primer fundamento de la filosofía positivista. »Una revelación maravillosa nos inspira una creencia invencible en la

(1) Pág. 84, lin. 3.
(2) Pág. 79, lín. 33.
(3) Pág. 168, lín. 37.
(4) Pág. 148, al comenzar el núm. 50.
(5) Líns. 6 y 14 de la pág. 168.

existencia de algo incondicionado que traspasa la esfera de la realidad comprensible,» dice el último de los dos creyentes.

En vista de todo esto, mas me atengo á los principios de mi rancia Filosofía Escolástica, que son conocidos por la luz de la razón; *cognitio rerum per causas altiores ex lumine naturali.* Y si bien, es cierto, que nosotros tambien admitimos esa realidad, causa productora directa de esa que llama Spencer, efecto condicionado; entre nosotros, esa verdad no es un postulado admitido por la Filosofía, es una verdad que supone los postulados de la Filosofía, no es un principio, es una conclusión. Leedlo allá en las últimas secciones de la Metafísica *Conclusio. Existit causa prima quam vocamus Deum.*

Pero, siendo este el principio fundamental de todos los demás, no llevareis á mal que me detenga un poco más, en el análisis de las doctrinas con que Mr. Spencer trata de exponerlo. Le hemos oido decir, que el tal principio carece de prueba inductiva; pues ahora oigamos como pregunta en otro lugar. (1) »En que razones nos fundamos para afirmar la persistencia de la fuerza? Inductivamente solo tenemos una prueba, la que nos presenta el mundo de los fenómenos sensibles.» Es tan palmaria la contradicción entre este pasage y el otro en que asegura que carece de prueba inductiva, que yo me inclino á creer que allá debe leerse: deductiva y no inductiva. Mas, ¿sabéis cuál es esa prueba inductiva? Procura averiguar la invariabilidad de la cantidad de materia, observando que ésta, sometida á varios cambios que la modifican, equilibra siempre, en la balanza, el mismo número de unidades de fuerza gravitativa. Todo estriba, concluye, (2) en el principio ó hipótesis de que la gravedad de los pesos es constante;

(1) Pág. 166. lín. 3.
(2) Pág. 167, lin. 13.

mas de esa constancia no tenemos ni podemos tener prueba alguna. Héle aquí, en primer lugar, concluyendo siempre con un acto de fé, como arriba deciamos, es á saber: creo que la gravedad de los pesos es constante: en seguida le veremos llamar al principio fundamental con un nombre que si bien es mas modesto, revela mejor la audacia de los que tan maliciosamente lo alegan. Oidlo, Señores. La verdad primaria, que no puede derivarse de ninguna otra, es una hipótesis, y no creais que se le escapa de ligero una aserción como esta; pues á renglón seguido, dice: «Los razonamientos de los astrónomos implican una hipótesis semejante, de la cual podemos sacar una conclusión análoga.»

Será pues, una hipótesis; mas una hipótesis que no tiene ni puede tener prueba alguna, qué es? una hipótesis gratuita, una hipótesis que se funda en una creencia, en la constancia de las fuerzas de la gravedad, que á la página siguiente es una verdad primaria, y que mas tarde, para los seguidores de Spencer, es una revelación misteriosa, en la que únicamente se fundan todos los principios de la Filosofía y de las ciencias.

Y ¿que mucho, que diga el autor de Los primeros principios, que la constancia de la fuerza gravitativa es una hipótesis, cuando aun la misma fuerza gravitativa es para el filósofo inglés, un supuesto de que tiene que partir para dar la explicación de las maravillosas agrupaciones, que, según los positivistas, han tenido que verificarse en el mundo sidéreo, en virtud de las leyes de la evolución? Oigámosle. «*Suponiendo*, que la materia del sistema sidéreo haya estado y esté sometida á la gravitación, se explican los grandes grupos de que está compuesto. (1) Sin embargo, ¿ya veis que es un supuesto? pues inmediatamente, por una trasformación mágica de esas que sabe hacer Mr. Spencer, ese supuesto ya es una prueba. Oigamos.

(7) Pág. 272, lín. 9.

«Pasemos al sistema solar, sin insistir más en el sidéreo, del cual basta con la *prueba ya aducida*.»

Mas, permitidme, Señores, que os llame la atención sobre este pasage, haciéndoos notar, que también para el Sr. Spencer, el movimiento no es esencial á la materia; y, que, si por una parte, necesita suponerla dotada de un principio de movimiento, cual es esa fuerza gravitativa, á fin de explicar las grandes y numerosas trasformaciones del dicho sistema, por otra, se ve obligado á buscar fuera de la materia, una causa que haya podido comunicarle el principio de su movimiento.

Muy buen argumento es este para probar la existencia de Dios: ni es en verdad, el único que nos suministran las doctrinas de Los primeros principios.

Después de ésta pequeña digresión, continuaremos en nuestro asunto, observando por último: que la constancia ó persistencia de un mismo número de unidades de fuerza gravitativa, ó de un mismo número de pesos equilibrados en la balanza, que es á lo que queda reducido el colosal principio, debe ser el apoyo de las verdades que la conciencia nos testifica, de la distinción entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el no yo, que tanto se esfuerza el filósofo en establecer, de las generalizaciones de las ideas, de la legitimidad de los conceptos simbólicos, de la actividad de la voluntad, de las represalias entre las dos escuelas, inglesa y alemana, y de otras tantas cosas.

Pero no creamos, Señores, que por esto, el autor es más materialista que espiritualista, aunque hable de cantidad de sensación; (1) aunque diga: (2) «Las formas de lo incognoscible, que llamamos movimiento, calor, luz, afinidad química, etc. son transformables unas en otras y tambien en las formas que llamamos emoción, sensación, pensamiento; y éstas, á su vez, pueden, por una

(1) Pág. 190, lín. 16.
(2) Págs. 193, lín. 20.

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado.» No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que, según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, *puede creer* demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo presisado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita, —Poder ó Fuerza,—que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.
(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la mágia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destrui-

(1) Pág. 151, lin. 20.
(2) Pág. 152, lin. 12.